

bien; la casa de Austria ha aumentado y crecido mucho en reputación y en países, mientras que la Francia se ha debilitado por sus guerras civiles. La salvación de la Francia exige que disminuya el poder español. Basta que la Francia tome la iniciativa de la ruptura, para que todos los Estados de la cristiandad, que no se conservan más que por el contrapeso y que miran con recelo la grandeza de España, se vuelvan contra la desmesurada ambición de la casa de Austria.» Estos varoniles consejos no fueron escuchados; Enrique III, como dice uno de sus embajadores, repudió la herencia más magnífica que ha conquistado ningún príncipe (1).

Una cosa sorprende casi tanto como la negativa de Enrique III, y es la longanimidad de Felipe II ante de las incesantes hostilidades de la Francia. Esta no cesó de socorrer á los insurrectos de los Países Bajos; al autorizar á su hermano á ponerse á su cabeza, Enrique III hacía indirectamente lo que no se atrevía á hacer abiertamente. ¡Y Felipe permaneció impasible en presencia de estas provocaciones! El cardenal Granvelle se admira y se queja de ello: «Yo no veo, dice, á qué pueda llamarse una ruptura, si lo que hacen no lo es..... Más valdría la guerra declarada que dejarse entretener con palabras, sufriendo el mal sin poderlo devolver. El emperador no lo hubiera tomado así; cediendo siempre á nuestros enemigos, aumentamos su insolencia» (2). ¿No es extraño oír á los Españoles acusar la debilidad de su rey, en sus relaciones con un miserable príncipe tal como Enrique III? En realidad, Felipe II distaba de estar inactivo, pero prefería la guerra de intrigas á los campos de batalla, y en esta lucha, él había tomado la iniciativa en Francia y en Inglaterra. Más bien pudiera echarse en cara una ambición excesiva que indolencia y apatía; conquistaba el Portugal; combatía á los insurrectos de los Países Bajos; armaba complots con los católicos ingleses contra Isabel; pagaba la liga. Pero los reinos no se ganan por medio de conjuraciones. Felipe II se vió obligado á sacar la espada; la guerra no

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, segunda serie, t. I, XXV y L.

(2) Cartas del cardenal de Granvelle, en GROEN VAN PRINSTERER, t. VIII, página 11, 111 y sig., 56, 83.

le dió mejor resultado que la diplomacia; encontró enemigos que eran superiores á él, Enrique IV y la reina de Inglaterra, no por el poder material, sino porque tenían en su favor principios é ideas contra los cuales es en vano luchar, porque Dios los protege, el espíritu de nacionalidad y la libertad religiosa. Hé aquí los verdaderos adversarios ante quienes sucumbió el rey de España. La revolución de los Países Bajos unía las dos tendencias; nuestros pobres, nuestros heroicos antepasados, fueron los que quebrantaron el formidable poder de Felipe. Por una parte, todas las fuerzas de un inmenso imperio; por otra, la desunión y la debilidad; pero los débiles tenían en su favor el espíritu de libertad, y los fuertes no tenían más que la unidad del despotismo; los débiles triunfaron sobre los fuertes; y para que su victoria fuese tanto más brillante, fueron abandonados ó débilmente socorridos por aquellos mismos que hubieran debido defenderlos: la libertad sola fué quien venció la tiranía religiosa y política encarnada en Felipe II.

§ III. — Isabel, Enrique IV y Felipe II.

N.º 1. — Isabel, Enrique IV y la Reforma.

I.

Felipe II fué el jefe armado del catolicismo; sus adversarios naturales eran, pues, los reyes que habían abrazado la Reforma. Entre los campeones del protestantismo brilla en primera línea la reina de Inglaterra. Su ilustre contemporáneo, Guillermo de Orange, dice «que estaba por encima de todos los príncipes, como única mantenedora y defensora de la verdadera religión» (1). Los historiadores modernos han repetido esta frase á porfía: «Isabel, dicen, opuso á la liga católica que se formaba en el continente para la restauración de la Iglesia, una liga protestante, á la cabeza de la cual se colocó atrevidamente; por donde quiera que Felipe II

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VIII, p. 375.

quiso restablecer la antigua creencia, ella se impuso la misión de mantener la nueva; pensó á los príncipes luteranos en Alemania, sostuvo á los lores de la congregación en Escocia, animó á los hugonotes armados en Francia, ayudó á los insurrectos religiosos de los Países Bajos; más hábil ó más afortunada que Felipe, hizo triunfar el protestantismo en Inglaterra, en Escocia, en Holanda, é impidió que sucumbiera en Francia» (1). Isabel, la más vana de las mujeres, estaba ávida de lisonjas, y los cortesanos no se las escatimaron en vida; puede decirse que los historiadores quieren continuar este papel despues de su muerte, atribuyéndole una política generosa, que no entraba en sus ideas, y resultados que se deben al poder de la Reforma y á los esfuerzos heroicos de sus verdaderos defensores. Es verdad que la protección del protestantismo era casi una cuestión de existencia para Isabel; declarada bastarda por el soberano pontífice, é incapacitada para reinar, teniendo en el seno mismo de su reino una reina católica, considerada como la heredera legítima del trono por los católicos, debía abrazar la nueva confesión como su única tabla de salvación; no le bastaba sostenerla en Inglaterra; tenía que sostenerla en el continente, porque si la Reforma sucumbía en él, su caída en las islas británicas era cierta, y la reina caería con ella. Estando ligados los destinos de Isabel á los del protestantismo, ¿qué más natural que colocarse á la cabeza de la revolución religiosa para vencer ó morir?

Sin embargo, la reina de Inglaterra no abrazó este partido con la decisión que le atribuyen los historiadores. No había nada ménos decidido que la altiva Isabel; vacilaba mucho, sobre todo cuando se trataba de comprometerse en algun gran gasto; esto es lo que los contemporáneos se decían en voz baja (2), y lo que sus ministros se atrevieron algunas veces á decir á su vanidosa señora (3). A las lisonjas públicas opondremos las confidencias ínti-

(1) MIGNET, *María Estuardo*, c. 8, 9 y 12.—HEEREN, *Historische Schriften*, t. I, p. 141.

(2) Carta de Andrés Christiani al conde Juan de Nassau, 1580. (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VII, p. 217.)

(3) WALSHINGHAM escribe en 1573 á Isabel: «Yo suplico muy humildemente á V. M. me permita decir que se os ha censurado aquí públicamente porque no

mas; ellas nos enseñan que la reina no intervino sino con excesiva repugnancia en favor de los protestantes de Escocia (1); en ellas leemos amargas quejas sobre el abandono de los hugonotes (2) y sobre su indiferencia por los Países Bajos (3). Isabel no concedía los socorros que se le pedían; tampoco los negaba; ó si un día los negaba, al día siguiente daba esperanzas. ¿Cuál era la razón de aquellas irresoluciones que desesperaban al príncipe de Orange? (4). Se han supuesto á la reina escrúpulos religiosos; Isabel detestaba á los puritanos tanto como á los católicos: de aquí, según se dice, su repugnancia á defender á los calvinistas de Holanda y de Francia. Estos escrúpulos, si es que existían, eran más bien políticos que religiosos; y en realidad, la hija de Enrique VIII no veía en la religión más que una cuestión de soberanía. Despótica por naturaleza, se ocupaba más de la obediencia de los súbditos que de todos los dogmas; no veía, decía, cómo había de poder tomar á los insurrectos bajo su protección (5). Isabel tenía otros temores que la contenían. Se ha celebrado el generoso valor de una mujer (6), que se atrevió á arrostrar á Felipe II. La verdad es que temía al rey de España, y que hizo cuanto pudo por conservar la paz con él; cerraba, por decirlo así, los ojos á la luz, para no ver el peligro que le amenazaba. Si la armada invencible hubiese podido desembarcar los antiguos tercios de Alejandro Farnesio, hubieran encontrado á Inglaterra sin defensa. Isabel no se atrevía á socorrer á los insurrectos, por temor de romper con España. Esta política prudente tenía sus peligros: ¿no podían los Belgas en su

os gusta hacer gastos, ni aun cuando se trata de vuestra seguridad.» (*Cartas y Memorias*, p. 450.)

(1) Carta de Cecil á la reina Isabel. (WRIGHT, *The queen Elizabeth*, t. I, p. 24.)

(2) DU PLESSIS MORNAY escribe á Walsingham en 1576: «Desde el año 70 la reina no ha gastado un céntimo de los hugonotes.» (*Memorias*, t. I, p. 179.)

(3) En 1576, Brunynck, el secretario del príncipe de Orange, le escribió: «Los enviados de los Estados se han vuelto sin fruto alguno, y no debemos esperar bien alguno de la reina.» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 565.)

(4) Carta del príncipe de Orange al conde Juan de Nassau, 1576. (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. V, p. 334.)

(5) CAMDEN, *Annales ad a.* 1575, p. 267.

(6) ID., *ibid.*, p. 412: «Belgarum patrocinium palam suscipit, orbis christiani principibus masculam in muliere fortitudinem demirantibus, quæ potentissimo monarchæ quasi bellum denunciare ausa.»

desesperacion arrojarse en brazos de la Francia? Ahora bien; la reina, por envidia nacional, temia más ver los Países Bajos en manos de los Franceses que de los Españoles (1); si la antigua rival de Inglaterra estuviese en posesion de las plazas marítimas de Flándes y de Holanda, ¿qué sería del comercio de los Ingleses? ¿qué sería de su soberanía de la Mancha? (2). Por otra parte, la victoria definitiva del rey de España no era méhos peligrosa para Isabel; de Ambéres y de Flesinga á Lóndres la distancia no era grande.

Tales eran los recelos que aumentaban la irresolucion natural de la reina. De aquí resultó una política sin iniciativa, sin grandeza. Isabel rehusó la soberanía de los Países Bajos que los insurrectos le ofrecieron; pero para que no desesperasen, acompañó su negativa con promesas de auxilio (3). Sus ministros le impulsaban á hacer abiertamente lo que hacía bajo cuerda y con mezquindad. Walsingham escribe en 1572: «Si Dios no hubiese suscitado al príncipe de Orange para entretener á la España, hace mucho tiempo que habria estallado entre nosotros un peligroso incendio. El socorrerle, pues, es socorrernos á nosotros mismos, puesto que debemos correr la misma suerte que él. Toda la diferencia consiste en que, si le abandonamos, los primeros males caerán sobre él, y vendrán despues sobre todos aquellos de los nuestros que profesen la misma religion. Las potencias católicas no titubean en declararse, y muestran de este modo que tienen celo y valor. Nosotros, por el contrario, obramos sólo bajo cuerda, y en esto manifestamos que no tenemos ni celo ni valor. Ninguna empresa en que haya tomado parte el temor ha salido bien, porque no hay nada más enemigo de la prudencia que el miedo» (4).

Walsingham era el órgano de la opinion pública (5); pero le-

(1) Si la Reina no gusta de la vecindad de los Españoles, dice el enviado veneciano LIPPOMANO (1577), «ménos gusta de la de los Franceses, enemigos natos y rivales de Inglaterra.» (TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. II, p. 422.)

(2) Carta de Burleigh á Walsingham. (WALSINGHAM, *Cartas y Memorias*, página 247.)

(3) CAMDEN, *Annales*, p. 267.—DE THOU, *Historia universal*, lib. LX.

(4) WALSINGHAM, *Cartas y Negociaciones*, p. 264.

(5) Véanse las pruebas expuestas en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VI, p. 409; t. VII, p. 399, nota 3.

vantándose contra la política del miedo, heria precisamente el lado débil de Isabel. Ella temia todo; temia á D. Juan, el gobernador de los Países Bajos, porque el vencedor de Lepanto tenía pretensiones á la mano de María Estuardo y al trono de Inglaterra; temia al duque de Anjou, creyendo que era el instrumento de la ambicion francesa. Ella no queria que los belgas tratasen sin ella «su único defensor» (1), y no hacía nada por su independenciam. En 1579, escribió á los Estados generales: «El duque de Anjou nos ha hecho siempre protestas de que no se proponia otro objeto más que sostener vuestros privilegios y libertades, bajo la obediencia debida á vuestro señor y príncipe natural, y conservar el derecho de la casa de Borgoña en toda su integridad, sin disminuirlo en lo más mínimo en perjuicio del rey nuestro señor, SIN CUYO TESTIMONIO Y PROTESTA NUNCA HUBIÉRAMOS CONSENTIDO QUE SE HUBIERA EMPEÑADO EN VUESTRA DEFENSA» (2). No atreviéndose á aceptar para sí la soberanía de los Países Bajos, y temiendo que la Francia se apoderase de ellos, la reina se vió obligada á tratar con la España para alcanzar condiciones favorables á los insurrectos. Ella queria la paz; cuando Felipe II manifestaba disposiciones pacíficas, amenazaba á los insurrectos con abandonarlos. ¿Qué digo? ¡Isabel, á quien tanto se ha ensalzado como el campeón del protestantismo, estuvo más de una vez á punto de unirse á los españoles para contener la insurreccion! (3).

Isabel acabó, sin embargo, por tratar con los insurrectos. ¿Era por salvar la libertad? ¿Era por defender el protestantismo? Sus más adictos agentes nos dirán los motivos de su intervencion. Uno de ellos escribe que la Inglaterra tiene interes en reconocer á los belgas en primer lugar por su propia seguridad, y ademas porque podria ocupar algun puerto, Flesinga ó Middelburgo; en fin, dice, importa alejar á los Franceses «de quienes hemos estado y se-

(1) Véanse las pruebas en GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VI, p. 406-408.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. VI, p. 534.

(3) DE THOU, *Historia universal*, lib. LXIII.—BORGNET, *Felipe II y la Bélgica*, p. 143 y nota 2.—LIPPOMANO, *Relazione*, en TOMASEO, *Relaciones de los embajadores venecianos*, t. II, p. 370.

guimos estando celosos» (1). Otro escribe que Inglaterra no es capaz de defenderse contra todos sus enemigos, «que debe servirse de los insurrectos como de un escudo para parar los golpes que se le dirigen» (2). «Fomentar las turbulencias entre los enemigos, dice un tercero, es el mejor medio de conservar la paz» (3). Como se ve, no hay una palabra de libertad, ni una palabra de religión; cálculo y nada más que cálculo; ventajas políticas y proyectos comerciales; hé aquí los motivos que inducen á la reina de Inglaterra á tomar la defensa de los belgas.

No hemos dicho todavía todas las truhanerías de la política de Isabel; mientras estaba en tratos con los súbditos sublevados, se defendía como de una calumnia de la censura que se le dirigía de fomentar la insurrección. La reina escribió á Felipe II para persuadirle de que daba aquellos socorros á los insurrectos en interés de la dominación española: «Le recuerda los esfuerzos que ha hecho incesantemente para mantenerlos en su obediencia; si les ha concedido subsidios, es por impedirles que se arrojen en brazos de la Francia; ha rehusado la soberanía que le ofrecían, hasta ha rehusado el tomarlos bajo su protección; ha llegado hasta amenazarles, para obligarles á entenderse con su rey y señor. ¡Juzguen todos los príncipes, juzgue el mismo Felipe II si no es esta una conducta digna de una reina cristiana, y si no ha merecido las gracias de su aliado el rey de España! Y además, al tratar con los belgas les ha exigido la promesa de que permanecerían fieles al rey y que no innovarían nada en materia de religión» (4).

¿Pregúntase á quién engañaba la reina, si á los belgas ó á Felipe II, ó engañaba á todo el mundo? Es verdad que quería á toda costa que los Países Bajos no fuesen reunidos á la Francia; en este sentido era aliada de Felipe, porque tenía el mismo interés que él. Pero también es verdad que no quería el triunfo del

(1) TH. COTTON, Carta á lord Burghley, 1572. (WRIGHT, *Queen Elizabeth*, t. I, p. 435.)

(2) Carta de sir Paulet al conde de Leicester, 1577. (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VI, p. 239.)

(3) WALSINGHAM, Carta á Leicester. (*Cartas y Negociaciones de WALSINGHAM*, p. 144.)—*Vida de DU PLESSIS MORNAY*, p. 43: «La reina Isabel mantenía con gusto la guerra de sus vecinos para conservar su paz.»

(4) CAMDEN, *Annales ad a.* 1577, p. 283 y sig.

rey de España; si lo hubiese deseado formalmente, se hubiera coaligado con él contra sus súbditos sublevados. En fin, es dudoso que quisiese la independencia de los Países Bajos, porque, á pesar de su alianza, no les ayudó más que de un modo irresoluto y mezquino. Los insurrectos se desesperaban de su lentitud (1) y tacañería. Aun cuando aceptó el protectorado de la joven república, ésta se lamentó «del carácter frío y ruin de la reina y de su gran tesorero» (2). Cuando Felipe II lanzó la armada contra Isabel, no le quedó ya ningún pretexto; estando en guerra abierta con España, no tenía razón alguna para no socorrer á los Países Bajos; sin embargo, el conde Guillermo de Nassau escribe en 1593 «que la reina continuaba, según su costumbre, economizando sus tesoros» (3). ¿Cuáles eran, pues, los nuevos escrúpulos de Isabel? Temía el poder naciente de la república; la rivalidad de su comercio; el peligro de una alianza posible de las provincias unidas con la Francia. Hé aquí por qué aplaudió la cesión que Felipe II hizo de los Países Bajos españoles á la infanta Isabel; era una barrera para la ambición de la república á la vez que para la de la Francia; era la reconstitución de la Borgoña sin el peligro del poder español.

Tal fué la política de Isabel en los Países Bajos; política tímida, interesada y sin grandeza. Tal fué también su conducta respecto á los hugonotes y á Enrique IV.

II.

En 1562 la reina de Inglaterra celebró el tratado de Hampton-court con los hugonotes. En una declaración solemne dirigida al gobierno francés, dice: «que los súbditos del rey le dirigían continuas y lamentables peticiones para rogarle que los defendiera á

(1) VILLIERS, el confidente del príncipe de Orange, le escribió en 1580: «Acaso hemos esperado por demasiado tiempo su auxilio.» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, t. VII, p. 272.)

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, 1587, segunda serie, t. I, p. 75.

(3) *Id.*, *ibid.*, segunda serie, t. I, p. 215.

ellos, sus vidas, puertos y ciudades de la opresion y de la tiranía de los Guisa; que habia accedido á sus súplicas en interes de la verdadera religion que los Guisa querian destruir por la fuerza, suscitando por todas partes guerras civiles; que no dudaba que la defensa de la sangre cristiana sería agradable á Dios» (1). Hé aquí á primera vista á Isabel en su papel natural de defensora de la Reforma; pero esto no es más que un papel. El tratado de Hamptoncourt estipulaba que el Havre de Gracia sería entregado á la reina, y que lo conservaría en prenda hasta la restitucion de Calais, que habia sido prometido por la paz de Chateau-Cambresis. Esta condicion pareció tan dura á los hugonotes, que el príncipe de Condé dudó por largo tiempo en cumplirla, y no cedió más que bajo la presion de la necesidad (2). Otra razon que indujo á Isabel á socorrer á los hugonotes era la hostilidad de los Guisa, que, aliados á María Estuardo, habian hecho tomar á su sobrina el título de reina de Inglaterra. En efecto, María Estuardo pasaba á los ojos del mundo católico por la legítima heredera del trono, usurpado por la hija bastarda de Enrique VIII. Estas pretensiones comprometian la existencia misma de Isabel. Tales son los verdaderos motivos por que intervino en favor de los hugonotes, segun nos lo dice Cecil, su prudente ministro (3). Esto no impidió que la reina protestase que no tomaba las armas movida por un interes personal, sino en beneficio del jóven rey que, por razon de su edad, no podia proteger á sus súbditos contra la tiranía de los Guisa (4).

¡Hé aquí el amor desinteresado de Isabel al Evangelio! Los agentes de Condé le habian pedido un subsidio de 300.000 coronas; no consintió en dar más que 100.000, y aún costó bastante trabajo el arrancárselas; fueron precisos los clamores sediciosos de los auxiliares alemanes, las súplicas de Coligni y las instancias de sus ministros para decidirla á soltar sus queridos escudos (5).

(1) Protesta de la reina de Inglaterra, en las *Memorias de CONDÉ*, t. III, páginas 699-701.

(2) WRIGHT, *Queen Elizabeth*, t. I, p. 93, 99.

(3) CECIL alega estas dos razones: «*One to stay the duke of Guise, as our sworn enemy, from his singular superiority, th'other to procure us the restitution of Calice, or some thing to countervale it.*»

(4) *Memorias de CONDÉ*, t. III, p. 695, 699, 700.

(5) LINGARD, *Historia de Inglaterra*, t. VII, p. 478.

Cuando se celebró la paz, los hugonotes ayudaron al rey á arrojar á los ingleses del Havre. Este contratiempo hizo á Isabel aún más reservada y más avara; no prestó ya socorros á los reformados más que bajo cuerda, usando respecto del rey de Francia de la misma doblez que respecto de Felipe II. Cuando los embajadores franceses se quejaban del apoyo que daba á súbditos sublevados, la reina lo negaba atrevidamente, y explicaba de cómo eran particulares los que, por celo hácia la religion, equipaban barcos destinados á los hugonotes; llevaba la hipocresía hasta el punto de felicitar á su hermano, el rey de Francia, por las victorias que alcanzaba en las guerras de religion. Miétras ella verificaba esta farsa en público, su Consejo deliberaba si se haría una guerra abierta á la Francia; Burleigh hizo decidir que se mantendría la paz, salvo el que la reina ayudase á los hugonotes con su autoridad «por palabras y otros medios.» El rey de Francia estaba enterado por su embajador de todo cuanto pasaba en Lóndres: «Los ingleses, decia Fenelon, esperaban alguna buena ocasion para volver á empezar la guerra, y si los asuntos del rey fuesen mal, la mala voluntad que tenían á la Francia les haria bien pronto encontrar una» (1). No cabe duda respecto de los sentimientos hostiles de Isabel; pero ella ni queria guerra con Francia ni con España; preferia perturbar el reino bajo cuerda, á la vez que protestaba «que rogaba á Dios que diese al rey buena fortuna contra sus súbditos sublevados.» Se atrevió á añadir «que obraría contra su conciencia perjudicándole, y que Dios podria castigarle con justicia por aquello en que le ofendiese» (2).

Habia en el consejo de la reina hombres más celosos, que pedían que se declarase abiertamente por la defensa de la religion. Isabel se negó á comprometerse en una guerra, y se atrevió á alabarse de ello cerca del rey de Francia; rechazó como un ultraje el pensamiento de fomentar la discordia en sus Estados, diciendo «que aquellas prácticas no convenian ni á su honor, ni á su conciencia» (3). ¡Su conciencia estaba tranquila, porque evitaba el tomar

(1) *Correspondencia de LAMOTHE FÉNELON*, t. I, p. 36, 46, 47, 48.

(2) *Correspondencia de LAMOTHE FÉNELON*, t. I, p. 62.

(3) *IBID*, t. I, p. 217-251; t. II, p. 395.

públicamente parte en pro de los hugonotes! Pero como sucede de ordinario á los que siguen una política de doblez, descontentó á todo el mundo: el rey de Francia le hizo decir que, prestando auxilio á sus súbditos sublevados, empezaba la guerra sin declararla; los hugonotes se quejaron amargamente de la indiferencia de la reina. En una Memoria dirigida á Walsingham, du Plessis Mornay dice «que Isabel ha abandonado á los hugonotes en sus necesidades, que en cuanto ha dependido de ella, los ha dejado en manos de sus enemigos.» «Se dice, sin embargo á la reina, añade el rudo calvinista, que ha hecho maravillas, y se nos echa en cara la ingratitud; pero bien puede recordar que desde el año setenta no ha gastado un céntimo por nosotros. *Y áun lo que hizo el año 1569 fué mediante CIERTAS SORTIJAS*» (1). ¡De este modo protegía la gran reina la Reforma, prestando á los hugonotes sobre alhajas!

III.

Aparece en la escena un personaje más grande. Con la claridad y la elevación que caracteriza al genio francés, Enrique IV declara que la contienda es entre el catolicismo y la Reforma, y que la lucha religiosa oculta una ambición política tan vasta, tan funesta como la de la Iglesia romana. Escribió á Isabel: «La alianza de Felipe II y el papa tiende á restablecer la autoridad de Roma en todos los Estados cristianos; y el rey de España, que desde largo tiempo atrás ha imaginado la monarquía universal de la cristiandad, quiere llegar por este medio á la cúspide de la grandeza que se ha propuesto, con achaque de restablecer al papa y de reponer á la Iglesia en su integridad» (2). Estos graves intereses, en donde se trata de la libertad religiosa y de la independencia de las naciones, se debaten por ahora en Francia; continúa Enrique IV: «La Francia es el teatro en que se representa la tragedia; la liga está ayudada por los dineros de España; estos son los

(1) DU PLESSIS MORNAY, *Cartas y Memorias*, t. II, p. 240.

(2) *Recopilación de las cartas misivas de Enrique IV*, publicada por BERGER DE XIVREY, t. II, p. 32.

resultados de la alianza del papa y de los príncipes y Estados que le son adictos, empezando por nosotros y acabando, si Dios se lo permitiera, por todos los demás. Todos los príncipes cristianos deben, pues, interesarse en esto; no querrán permanecer simples espectadores de una acción cuyo desenlace les es común, por más que los primeros trabajos y los primeros peligros nos correspondan en particular á nosotros al parecer.... El mejor medio es que tratemos de unirnos todos estrechamente, y que mostremos por lo ménos tanta concordia y unión para nuestra conservación como emplean el papa, el rey de España y los suyos en nuestra ruina.» El heroico guerrero añade «que se propone ser el capitán general contra el enemigo común» (1).

Hé aquí los elevados pensamientos y el arrogante lenguaje que Enrique IV dirigía á la reina de Inglaterra; tomaba atrevidamente el papel que los historiadores han atribuido bien gratuitamente á la vanidosa Isabel. ¡Qué diferencia entre la política del rey de Navarra y la de su poderosa aliada! Ambos estaban igualmente interesados en combatir al catolicismo y á Felipe II; pero Enrique ve la cosa con más elevación, con el golpe de vista del águila, y no separa su causa de la causa general; al paso que Isabel no mira jamás más que á su interés particular, interés del momento, que no sabe poner en relación con el porvenir; política egoísta y mezquina, que vive al día, sin preocuparse de los destinos de la religión y de la humanidad. ¿Cómo fueron acogidas en Londres las cartas de Enrique IV? Dejamos la palabra á su embajador. El conde de Segur escribe á un ministro de Isabel: «Yo no hubiera creído jamás que las buenas palabras y grandes promesas estuviesen tan baratas en vuestra corte como lo están, y no quería creer que se tuviese tan poco cuidado en cumplirlas.... No sé de qué le sirve á la reina vuestra soberana publicar por toda la cristiandad que se interesa en extremo por el rey de Navarra, y que le quiere ayudar, exhortando á todo el mundo á que haga lo que pueda, y sin embargo, ella es la primera que nos niega lo que Dios le da en abundancia y lo que ella ha prometido tan frecuen-

(1) Cartas de Enrique IV á Isabel (1585); (*Recopilación*, t. II, p. 52); al rey de Escocia (*ib.*, II, 57).

temente; hubiese sido mucho mejor, si no tenía intención de ayudarnos, que no hubiese hecho tantas demostraciones..... Después de haber permanecido tres meses en Inglaterra, no llevo más que vanas palabras» (1). El analista inglés *Cambden*, nos dice que Isabel envió embajadores á Dinamarca, Alemania y Escocia, para unir á los protestantes contra los católicos (2); pero á ella, que se vanagloriaba de ser la defensora de la Reforma, tocaba predicar con el ejemplo, en lugar de no ser pródiga más que de palabras. Aquellas vanas negociaciones debían fracasar. En el fondo, la reina de Inglaterra tenía poco interés en hacer á Enrique IV capitán general de una liga protestante; apenas la envidia nacional le permite concederle pequeños recursos, que era preciso arrancarle á fuerza de ser importuno, y que muchas veces negaba por un capricho de mujer (3).

Al mismo tiempo que se dirigió á Isabel, Enrique IV envió embajadores á los príncipes protestantes de Alemania. Había entre ellos más fe que en la reina de Inglaterra, pero no tenían espíritu político alguno. Se volvió á plantear la idea de quitar la corona imperial á la casa de Austria, que amenazaba «tragarse la cristiandad» con peligro de la fe protestante. Los amigos de Enrique IV le lisonjaban con la esperanza de que él sería elegido rey de los Romanos: «No ignoro las dificultades, decía *du Plessis*, y casi las imposibilidades que se oponen á ello; ¿pero cuáles eran en la elección de Polonia? No es poco para quien quiere arruinar la grandeza de Austria ponerle enfrente un príncipe de valor y de la casa de Francia, é irreconciliable enemigo de los de la de Austria» (4). ¡Vanos proyectos que no contaban con las desconfian-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, segunda serie, t. I, p. 32.

(2) CAMBDEN, *Annales ad a. 1585*, p. 400, 401.

(3) En 1592 Enrique IV ponía sitio á Rouen; el duque de Parma iba á llegar con sus antiguos tercios para obligarle á levantar el sitio; el rey pidió con instancia 4.000 hombres. Isabel se negó obstinadamente á pesar de todo su Consejo. ¿Y cuál fué el motivo? El que su favorito, el Conde de Essex, que mandaba los auxiliares ingleses, se negaba á volver, y la reina temía que si enviaba nuevos auxilios, el conde, viéndose reforzado con buenas tropas se animase á permanecer por más tiempo. Estas son las propias palabras del embajador francés, (DU PLESSIS MORNAY, *Cartas y Memorias*, t. V, p. 174.)

(4) DU PLESSIS MORNAY, *Cartas y Memorias*, t. II, p. 216 y sig.

zas, la irresolución y la pusilanimidad de los príncipes alemanes! La reacción católica avanzaba á pasos agigantados; los protestantes hubieran debido unirse contra el enemigo común, y el enemigo era la casa de Austria; pero no tenían la fuerza de querer lo que deseaban. Por otra parte, para querer hubiese sido preciso un espíritu común, y la Alemania estaba profundamente dividida por las querellas del luteranismo y del calvinismo: ¿Cómo esperar la unión entre dos confesiones que se odiaban entre sí más que al anticristo de Roma?

Enrique IV propuso á los príncipes alemanes una liga de todos los Estados reformados. Escribió al duque de Sajonia: «Interesa á los príncipes que siguen la religión purificada de todas las supersticiones, que los que están ya estrechamente unidos por la comunidad de religión, lo estén igualmente por una benevolencia y un afecto recíprocos. Estos lazos no deben romperse por las diferencias de opinión que reinan entre los nuestros, puesto que todos estamos acordes sobre los principales artículos de fe, y tenemos enemigos comunes que nos persiguen con su odio..... La concordia y la unidad de doctrina son las mejores armas contra las celadas y los ataques de los sectarios de la corte de Roma» (1). Enrique IV despertó los temores de sus correligionarios acerca de los peligros con que les amenazaba la alianza del papa y de la España; les mostró al papa estableciendo su tiranía en toda la cristiandad, y Felipe II usurpando poco á poco el imperio del mundo. «La ambición española, dice, no está contenida más que por la Francia, como por un obstáculo elevado entre ella y su presa; una vez vencido este obstáculo, ¿á que no se atreverán los Españoles, á quienes vemos volver con avidez los ojos hácia la Alemania, por más que estén separados por la Francia entera?» El papa excomulgó á Enrique IV y le declaró privado del trono como hereje; acerca de esto, el rey de Navarra escribe al duque de Sajonia: «Si nosotros somos excluidos de nuestra herencia por haber abandonado á la Iglesia romana, ¿cuál de los príncipes cristianos estará al abrigo de actos parecidos de injusticia? ¿Cuál de ellos podrá contar con transmitir su corona á sus descendientes? ¿A qué no se atreverán,

(1) *Cartas de Enrique IV*, t. I, p. 535.

si cada uno de los partidarios del pontífice de Roma puede apoderarse de nuestros bienes y herencias en vida mía y no careciendo de herederos?» (1). No asustaba á Enrique IV la magnitud de la empresa que proponía á los príncipes alemanes: « Si divididos, dice, hemos podido luchar con éxito contra nuestros enemigos, una vez unidos y de acuerdo en espíritu é intención, podríamos vencerlos con facilidad» (2). Enrique IV sabía muy bien el obstáculo que se oponía á su gran designio: las miserables disputas de los luteranos y de los calvinistas. Se impacientaba contra aquellas tonterías teológicas, que comprometían hasta la existencia de la Reforma; no veía en ellas más que el orgullo de algunos teólogos (3). Enrique IV trató de aplacar aquellas disensiones; pidió la convocación de un sínodo de todas las Iglesias protestantes, á fin de unir las en punto á la fe y de formar una liga contra el antecristo romano (4). Hay que confesar que esta unión era á fines del siglo XVI la más irrealizable de las utopías. Los príncipes luteranos empezaron por enterarse de la creencia de los calvinistas franceses sobre la presencia real, y después contestaron á Enrique IV que no podía haber alianza entre ellos y un príncipe calvinista; para la salvación de su alma, le enviaron la fórmula llamada de *la Concordia*; si el rey y las Iglesias reformadas de Francia la firmaban, entonces podría tratarse de la unión.

Hé aquí en qué vino á parar el proyecto de *liga cristiana* concebido por Enrique IV. El rey de Francia no encontró más que falta de inteligencia en los unos y egoísmo en los otros. Los príncipes alemanes subordinaban todo á la fe, y no comprendían ni aún los verdaderos intereses de su fe. Isabel era todo, menos fanática, y consideraba las dificultades de religión, á que se daba tanta importancia, como bagatelas (5); para ella, la política dominaba á

(1) Cartas de Enrique IV al duque de Sajonia, 1585. (*Recopilacion*, t. II, página 101, 106.)

(2) Carta de Enrique IV al rey de Dinamarca, 1589. (*Recopilacion*, t. I, página 560.)

(3) Carta al duque de Sudermania, 1583. (*Recopilacion de las cartas de Enrique IV*, t. I, p. 546.)

(4) Carta al rey de Suecia. (*Recopilacion*, t. I, p. 530.)

(5) Estas son las palabras que dirigió, en 1597, al embajador de Francia. (*Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas*, 1856, t. I, p. 163.)

la fe, pero una política egoísta, que temía, ante todo, el engrandecimiento de la Francia. El egoísmo es un mal consejero. Por no haberse unido, la Inglaterra y la Francia estuvieron á punto de sucumbir bajo los golpes de su terrible adversario; en cuanto á los protestantes de Alemania, pagaron bien cara en el siglo XVII la imprevisión de los reformados del XVI.

N.º 2.—*Lucha de Felipe II contra la Inglaterra y la Francia.*

I.

Hasta la muerte de María Estuardo, Felipe II hizo la guerra más odiosa á Isabel; una guerra de negros complots, que tendían á quitar á la reina de Inglaterra el trono y la vida. Hemos dicho en nuestro *Estudio sobre las guerras de religión* que el rey de España tramó la conjuración de Norfolk en complicidad con el papa. ¡ Documentos auténticos hacen constar que el santo padre y el rey católico prestaron su ayuda á un proyecto de asesinato! El fanatismo católico no se desanimaba por el mal éxito de aquellas tentativas de muerte. ¡Qué digo! ¡ Los asesinos eran mártires á los ojos de Roma! Los celosos tenían sed de aquel bautismo de sangre; urdían todos los días nuevos crímenes en Reims, seminario de traidores pagado por el rey de España. La última conspiración costó la vida á la infortunada María Estuardo; testimonios irrecusables prueban que Felipe II fué cómplice. Importa detenerse aquí un momento para manifestar cuál era la moralidad de un príncipe de quien los católicos de nuestros días quisieran hacer un santo.

Mendoza, el embajador de Felipe II en París, era, si no el instigador, al menos el protector de todos los complots contra Isabel. El 12 de Mayo de 1586 escribió por su mano un despacho á su señor, vergüenza eterna de la política española: « *Se me ha dado aviso desde Inglaterra de que cuatro hombres escogidos, y que tienen entrada en el palacio de la reina, han resuelto matarla; que se han comprometido todos cuatro, con juramento, á hacerlo por medio del veneno ó del hierro; que me advertirán del momento para que yo escriba á*

Vuestra Majestad, suplicándole que los socorra, cuando la cosa se haya efectuado, y que no se manifestarán á nadie más que á mí, PARA CON QUIEN TIENEN TANTAS OBLIGACIONES Y EN QUIEN TIENEN TANTA CONFIANZA. Felipe II tenía un interés personal en esta tentativa de asesinato, porque María Estuardo le había transferido sus derechos á la corona de Inglaterra si su hijo seguía siendo protestante. Un nuevo despacho de Mendoza nos enseña que el rey de España favorecía á los conjurados. El embajador le escribe que los ha animado á una empresa *digna de espíritus tan católicos y del antiguo valor inglés*, afirmando que si llegaban á matar á la reina, tendrían la asistencia que reclamaban de los Países Bajos y la seguridad de ser socorridos por Su Majestad: *Yo se lo he prometido, dice, como me lo pedían, sobre mi fe y sobre mi palabra, y les he excitado á procurar la ejecución de su empresa por las razones que debían decidirlos á ello.* Oigamos ahora á Felipe II; el rey católico no tiene ni un escrúpulo, ni un momento de duda; se alegra de la cesion que María Estuardo le ha hecho de sus derechos sobre Inglaterra; ensalza á la reina por haber subordinado el amor de su sangre al servicio de Dios y de la cristiandad; aprueba la respuesta de Mendoza á los conjurados: *Considerando, dice, la importancia de los acontecimientos, si DIOS, QUE HA TOMADO LA DEFENSA DE SU CAUSA, QUIERE QUE SALGAN BIEN, habeis hecho bien en acogerlos y excitarlos á llevar la empresa más adelante..... Con el concurso de semejantes personas, el asunto me parece fundado, y yo, POR EL SERVICIO DE DIOS, POR LA LIBERTAD DE LOS CATÓLICOS y el bien de este reino, estoy decidido á secundarles* (1). La trama estaba bien urdida, como dice Felipe II; afortunadamente para Isabel tenía un servidor adicto que era más hábil para impedir los efectos de los complots que el rey de España para formarlos. Walsingham salvó á la reina, pero á costa de la cabeza de María Estuardo.

Felipe II preparó una venganza terrible; lanzó su armada invencible contra Isabel, haciéndose apoyar por los rayos del Vaticano. Solamente cuando el peligro fué inminente, fué cuando la reina desplegó tanta actividad como valor. Buscó aliados en todos

(1) MIGNET, *Historia de María Estuardo*, t. II, c. 10.

los Estados protestantes. El hijo de María Estuardo siguió el partido de la que había dado muerte á su madre; el interés político pudo más que la voz de la sangre. Isabel envió embajadas á Francia, á Alemania, al Norte; solicitó hasta el auxilio de los Turcos. «Los discípulos de Mahoma, que hacían una guerra á muerte á los idólatras, ¿no eran enemigos natos de la idolatría católica? Si Felipe II llegaba á apoderarse de Inglaterra, la ruina de los Turcos era segura» (1). La reina de Inglaterra tomaba, pero un poco tarde, el partido á que le invitaba Enrique IV hacía ya tiempo. ¿De qué le hubieran servido aquellos proyectos de alianza, de qué le hubieran servido sus ejércitos improvisados, si las tempestades no hubiesen detenido la partida de la armada? Los armamentos de Felipe habían difundido el terror por toda la cristiandad, y aún entre los infieles: «Humanamente hablando, dice un contemporáneo, se hubiese creído que bastaban para conquistar no solamente la Inglaterra, sino el mundo entero» (2). En estos momentos solemnes la acción de la Providencia se deja sentir siempre; después de la victoria, el conde Leicester escribió al conde de Shrewsbury que «Dios había combatido poderosamente por Su Majestad» (3).

No quiere esto decir que la victoria del catolicismo sobre la Reforma, de la monarquía española sobre las nacionalidades hubiese sido definitiva, aún cuando Alejandro Farnesio hubiese desembarcado sus antiguos tercios sobre el suelo de la Bretaña. Felipe II había contado con el apoyo de los católicos que formaban aún la mitad de la población; pero los católicos, dice un historiador inglés, temían tanto como los demás el ver á su patria expuesta á la crueldad ordinaria de los extranjeros (4). Roma hallaba ciertamente algunos fanáticos que conspiraban contra la vida de su reina; hasta los encontró en tiempos de Jacobo I para tramar la horrible conspiración de las pólvoras; pero los fanáticos están siempre en una pequeña minoría; las naciones no conspiran jamás. A

(1) STRADA, *de Bello belgico*, t. II, p. 407 y sig.

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. III, p. 631.

(3) «God had fought mightily for Her Majesty.» (ELLIS, *Letters*, segunda serie, t. III, p. 141).

(4) Véanse las pruebas en LINGARD, *Historia de Inglaterra*, t. VIII, p. 380, nota 2.